

El lado más oscuro

Ese día fuimos al cine. La película no era del tipo que yo solía ver, sin embargo, sirvió para juntarnos, hace mucho que no salíamos juntos, los tres. Disfruté más de ellos que de la cinta, se veían dulces sonriendo al unísono, como cuando éramos niños y todavía vivía mamá. Solían reírse de las mismas cosas y eso se mantiene hasta hoy. Verlos reír así, cómplices, me hace bien. Quisiera que nos reuniéramos más seguido.

Tomamos once en el departamento de mi padre que luego nos vendría a dejar a casa, donde vivíamos con la abuela. La vista era hermosa y yo no podía dejar de admirar las luces brillantes que cubrían el centro de la ciudad, hipnotizantes como estrellas terrestres.

Partimos por la avenida, papá, mi hermano y yo, en el pequeño auto que compró hace sólo un mes. A esa hora estaba desolado, oscuro y ya comenzaba a hacer frío. No teníamos muy claro el camino por los cambios que se habían hecho en la carretera, por lo que pronto nos dimos cuenta que habíamos pasado de largo, que el único paso hacia el sur había quedado atrás.

Avanzamos por la oscuridad, expectantes, tratando de vislumbrar alguna salida, alguna solución y casi sin darnos cuenta llegamos a una alejada localidad al sur del pueblito de Nos.

Quedamos sin gasolina en un lugar que parecía desierto. La oscuridad, que ya había caído por completo y las grandes extensiones vacías lograron intimidar nuestros

sentidos. Decidimos quedarnos y dormir en el auto, era muy tarde para buscar alguna ayuda.

Desperté sobresaltada y ahogada, rápidamente bajé del auto. Una claustrofobia asfixiante insistía en no abandonarme; estaba rodeada de altas praderas montañosas que impedían sentirme libre. La horrible sensación se intensificó. Comencé a avanzar buscando algún rincón que no me atrapara, pero nada, todo era vacío, cerro y desierto.

Intranquila subí al auto para verlos. Mi hermano tenía la boca ensangrentada, mi padre los ojos fijos y permanecían inmóviles aún cuando yo, desesperada, les gritaba y movía con todas mis fuerzas. No respiraban. Caí al piso de la impresión y lloré hasta no sentir mis lágrimas. Eran lo único que tenía, mi único apoyo y a los únicos que quiero junto a la abuela. No voy a molestarla a sus años, cómo podría decirle...

Tomé el dinero de mi padre y comencé a caminar. Parecía que el dolor me había adormecido, caminé no sé cuántas horas hasta que el cansancio me derrumbó.

Estaba en un lugar que parecía campo; espacios enormes entre casa y casa, sólo había un negocio que era un patio con cajones de frutas y verduras en el piso, ningún teléfono, lo más vistoso era un caserón que decía "Hospedaje". Abrí el portón y golpeé la puerta. Una mujer salió a recibirme. Era tan mayor y huesuda que parecía un cadáver de mirada sombría, penetrante. "¿Quiere alojar?" dijo, con una voz de susurro ronca que erizó mis pelos, luego me lanzó mirada minuciosa. Asentí con la cabeza evitando mirarla y entré. Sentí en la nuca el peso de las miradas de los vecinos.

En el caserón casi no entraba la luz y tenía un olor a añejo y apolillado. En el comedor había una gran mesa de madera manchada, sillas de mimbre sucias y un radio con tocadiscos. Me llevó al que sería mi cuarto; el techo descendía hacia donde estaba la cama haciendo asfixiante la pequeña habitación que no tenía ventanas. Sólo había una cómoda y una cama de fierro oxidado.

El lugar y la mujer no me gustaban, sin embargo, no tenía fuerzas para mancharme de ahí. Cuando la anciana, llamada Hernésia, me entregó las llaves me encerré en el cuarto. La situación era horrible, parecía una pesadilla y yo no entendía nada. Me puse a registrar el cuarto, estaba todo vacío excepto por los diarios que envolvían los cajones de la cómoda. Los moví y encontré, bajo uno, un papel escrito a mano que decía: “Nos perdimos y no sabíamos a donde ir. Fui a buscar ayuda pero no encontré y cuando volví Antonia estaba muerta”. En ese momento supe que no podía marcharme. Había algo que me mantenía allí, como si tuviera raíces.

El dinero se estaba acabando, así que decidí ir a buscar cómo conseguirlo y la única posibilidad era en la verdulería. La señora María, la dueña, accedió de inmediato a mi propuesta y comencé esa misma tarde. Era una mujer alegre, pasada en kilos, muy amable y sobre todo habladora. Le conté lo que pasó con mi familia, lo de la carta y me dijo bajando la voz: “Mi ‘jita, aquí han pasado cosas raras, ha muerto mucha gente cerca del pueblo, pero ¿sabe qué? no creo que sea nada una maldición porque toditos los que quedan vivos se alojan donde doña Hernésia.” Mi sangre comenzó a hervir.

- “¿Está segura?”

- Sí, y aquí nadie se atreve a tratar con ella.

Regresé al caserón y doña Hernésia estaba intentando limpiar el pasillo de baldosas. Pensé que era una pérdida de tiempo.

- “Antonia”, dijo secamente en un ademán de saludo que más pareció desprecio.

- “Doña Hernésia” dije yo de la misma manera y agregue: “Tengo una duda, ¿viene mucha gente a alojar acá?”.

- “En realidad no, casi siempre la gente que viene por aquí se ha perdido”.

- “¿O por accidentes?”, lancé sin medir lo que insinuaba y la conversación de golpe se volvió tensa.

- “¿Quién te dijo eso?”, preguntó alterada.

Titubee y luego dije: “la gente dice que se enteran de los accidentes porque los que quedan se alojan acá”

- ¡Este es el único alojamiento por aquí y nadie, escucha bien, nadie sabe que ha pasado de verdad con esa gente!... menos la vieja cahuinera que te contó”, aclaró tajante y se marchó.

Al día siguiente cuando fui a trabajar, el patio estaba cerrado, le pregunté a su vecino y dijo que la había visto pasar temprano, que había ido a buscar mercadería. Como ella no acostumbraba cerrar la casa trepé la reja y entré. Atendí el puesto como de costumbre, pero pasaban las horas y doña María no volvía. Extrañada comencé a caminar entre los altos aromos y me adentré al lado más oscuro, cuando de pronto la vi: Doña Hernesia cavando y con un inmenso bulto envuelto a su lado. Corrí a buscar las pocas cosas que tenía, la billetera de mi padre y por supuesto, la foto de mi familia. Salí del cuarto decidida a marcharme de ese pueblo de muerte cuando sentí que algo cambió. Una fuerza extraña me poseía, un odio inmenso, ganas de vengarme. Busqué un palo y me escondí. Cuando la señora Hernésia llegó al portal del caserón la golpeé tantas veces

que su cuerpo parecía deformarse con cada golpe, desparramándose en las baldosas mugrientas, luego la llevé al bosque y la quemé. Caminé horas con un olor putrefacto impregnado en mi cuerpo y mi pelo. Decidí volver a casa de la abuela.